

piraban los misioneros al renombre de filólogos, ni tenían otra mira ni otro espíritu que procurarse medios para propagar la religion, siendo la caridad cristiana el único móvil de tan vastas empresas.¹

Cuando los misioneros se consideraron instruidos en las lenguas del país, al ménos lo bastante para entender y ser entendidos, entónces comenzaron sus tareas apostólicas y se dividieron en varias secciones para ir á predicar la religion, y mas todavía, á enseñar artes y oficios por todos los pueblos, no sin haber ántes reunídose en junta á que impropriamente se ha dado el nombre de primer Concilio mexicano. Concurrieron á ella diez y nueve religiosos, cinco clérigos y algunos letrados. Asistió Cortés, y fué presidida por Fr. Martin Valencia.

En esta junta que se celebró á fines de 1524 y principios de 1525, se estableció la manera de administrar los sacramentos, encontrando mayores dificultades en el del matrimonio, á causa de la poligamia tan arraigada entre los indios. Este punto quedó indeciso hasta que el Papa Paulo III declaró que se considerase legitima la primera mujer y en caso de no poderse averiguar, al bautizarse el indio debía quedarse con la que eligiese. En cuanto al bautismo, se acordó que volviesen á recibirlo en debida forma los que así no lo hubieren alcanzado, y tambien se dispuso confirmarlos.

Con respecto á la comunión, bien sabido es que no se les dió hasta que el citado Papa Paulo III los declaró racionales á instancias del obispo de Tlaxcala Fr. Julian Garcés.

Al primer grupo de franciscanos siguió otro, aunque ménos numeroso. Componíase de Fr. Antonio Maldonado, Fr. Antonio Ortiz, Fr. Alonso de Herrera y Fr. Diego Almazte, que tomaron parte en la *Junta apostólica* de que acabamos de hablar, y tras de ellos fueron llegando sucesivamente otros que fueron no ménos celosos en el desempeño de su ministerio.

Los dominicos llegaron á México el 23 de Junio de 1526, en número de doce, como los franciscanos, y fueron: Fr. Tomas Ortiz, Fr. Vicente de Santa Ana, Fr. Diego Sotomayor, Fr. Pedro Santa María, Fr. Justo de Santo Domingo, Fr. Pedro Zambrano, Fr. Gonzalo Lucero, Fr. Bartolomé de Calzadilla ó Salcedilla, segun otros, Fr. Domingo de Betanzos, Fr. Diego Ramirez, Fr. Alonso de las Vírgenes, y Fr. Vicente de las Casas. Hospedáronse en el convento de San Francisco hasta que tuvieron convento propio. A poco fallecieron cinco religiosos, y Fr. Tomas Ortiz el prelado, con otros tres, volvióse á España, quedando Fr. Domingo de Betanzos, célebre en nuestra historia, y dos mas, Lucero y Las Casas.

Más tarde fueron introduciéndose las demas órdenes religiosas en el país; pero no es este el lugar en que de ello debe darse razon, puesto que no intentamos otra cosa sino dar una idea del estado que guardaba el cristianismo hasta la llegada del Illmo. Sr. Zumárraga, primer obispo y despues arzobispo de México. Refiriéndonos ahora á los trabajos de los misioneros, debemos decir que no solo fueron apóstoles, maestros y protectores de los indios, sino que impidieron muchas veces que los españoles, divididos en bandos á la sazón, viniesen á las manos², y libraron á estos mismos de las rebeliones intentadas por los naturales contra ellos.

1 Para formarse una idea aproximada de la importancia y utilidad de los estudios filológicos de los misioneros, aun considerándolos únicamente bajo el punto de vista científico, es preciso recordar el desarrollo que la lingüística ha alcanzado en los últimos tiempos, la luz que han derramado las comparaciones de los idiomas de pueblos distintos entre sí, para indagar su origen, y los resultados espléndidos alcanzados por ese medio. El Sr. García Icazbalceta publicó en 1866 un libro importante con el modesto título de "Apuntes para un catálogo de las lenguas indígenas de América," en el que se registran 175 artículos ó párrafos, y en cada uno de ellos se dá noticia de la obra ú obras de los escritores en aquellas lenguas. El libro del Sr. García Icazbalceta, presenta de bulto, por decirlo así, la magnitud de los estudios filológicos de los misioneros. Pero aun hay mas todavía. Donde se palpan los resultados científicos de aquellos estudios, es en los tres tomos de la obra intitulada "Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México, ó tratado de filología mexicana, por Francisco Pimentel," (1874—1875.) Sin los vocabularios, gramáticas, catecismos y diccionarios debidos á los misioneros, no habria podido llevarse á cabo un estudio como ese, que ha merecido la aprobacion y los premios de las sociedades sábias de Europa y América. ¡Despues de mas de trescientos años, los hombres ilustrados del mundo, los apóstoles del siglo XIX, es decir, los cultivadores de la ciencia, cualquiera que sea su opinion religiosa, tributan merecido homenaje á los propagadores de la religion cristiana en el Nuevo Mundo!

2 Motolinia, op. cit. pág. 143.

Los conventos fueron con frecuencia el asilo de los indios perseguidos por los conquistadores, cuya codicia y saña aún no estaban saciadas. Los dominicos fueron los primeros en levantar el grito contra los encomenderos, y ellos lograron que la ley declarase á los indios exentos del servicio personal¹ y los franciscanos los agentes de la corona para indicar á los naturales esclavizados que debian pedir su libertad.²

Fundaron los primeros hospitales de la Nueva España, las escuelas y los colegios, y miéntras que los españoles ocultábanse de los indios para que no aprendiesen las artes y oficios lucrativos, los misioneros se las enseñaban; hasta el punto de que un lego franciscano, Fr. Daniel, fué maestro de bordado, y otro sacerdote, Fr. Juan Caro, les enseñó la música, y ya hemos dicho ántes lo que Fr. Pedro de Gante hacia.

Y como si eso no bastase, los misioneros trazaban los templos y casas que debian construirse, y adiestraban á los indios en la cantería y albañilería, debiéndoseles muchos de los edificios que aun hoy existen; llegando la habilidad de algunos á tal grado, que emprendian obras magnas como la construccion del acueducto de Otumba³ dirigida por el P. Tembleque, y vemos á Fr. Manuel Cabrera entendiendo en las obras del desagüe de Huehuetoca.

No se limitaban, pues, los misioneros á propagar una nueva fé, sacrificando por ella su propia vida muchas veces, sino que hacian partícipes á los mexicanos de todos los bienes que proporcionaba la civilizacion del viejo mundo.

Una obra seria necesaria, y obra extensa por cierto, para seguir paso á paso á esos héroes, cuya historia es un poema, pero poema en que la realidad hace las veces de ficcion; un poema en que los héroes se presentan revestidos de una naturaleza excepcional y animados de un espíritu angélico.⁴

Con razon un distinguido escritor contemporáneo, despues de abrazar en un cuadro sumario la historia de la llegada de los misioneros y su benéfico influjo, exclama: "Considérese los grandes esfuerzos, los muchos trabajos, la paciencia, la abnegacion que todo esto ha requerido, y bendeciremos la memoria de los misioneros castellanos: ¡no les era dado hacer mas! Centenares de ellos dieron su vida en el cumplimiento de su ministerio, muchos fueron asesinados por los indios en diversas partes del país, y en tales casos sus humildes lábios no sabian proferir sino bendiciones en favor de sus asesinos. ¿Quiénes sino hombres de esa especie podian borrar de la memoria de los indios, tanto desastre, tanta sangre derramada? ¿Quiénes sino ellos les pudieron enseñar á perdonar tanta injuria, á amar á sus enemigos, á pedir á Dios por sus tiranos y á resignarse á su triste suerte? Si la conquista fué un bien, ese bien se debe á los misioneros, á sus dulces palabras, á sus acertados consejos y á sus generosas máximas, mucho mas que á la espada homicida del guerrero y al arrojío feroz del soldado."⁵

Durante los primeros cinco años de la predicacion del Evangelio, los progresos del cris-

1 Herrera, *Décadas*, 1. lib. 9 cap. 14.

2 Torquemada, *Monarquía indiana*, lib. 17 cap. 19.

3 Para que el lector conceda al P. Tembleque la gloria que por legítimo derecho le corresponde, copiaremos el pasaje en que Betancourt en su obra ya citada describe ese acueducto. "Condolido el V. P. Fr. Francisco Tembleque, dice, de que tanto número de gentes como las poblaciones de Otumba y Zempoala, que en aquel tiempo eran crecidas, careciesen del agua necesaria por causa de que si en su gentilidad en unos jagüeyes rebalsaban la llovediza teniendo la necesaria, despues los ganados de los españoles se la bebían, y les obligaban á los naturales á traerla de nueve leguas; determinó el traerla por barrancas y cerros en atarga de cal y canto, y aunque tuvo así de seglares como de religiosos contradicciones, emprendió la obra y en tres barrancas hizo tres puentes de arcos: la primera de cuarenta y seis arcos; la segunda de trece, y la última, donde echó el resto, de un arco de cuarenta y dos varas y dos tercias de alto, y de ancho veinte y tres varas y una tercia, que á los que lo veían causó asombro, que si fuera paso podia por debajo de él pasar un navío de porte á vela tendida: de este arco en que gastaron cinco años en hacerlo, van despues disminuyendo sesenta y siete arcos colaterales conforme vá subiendo la barranca hasta que vuelven á coger el plan de la atarga." "Lo que es digno de ponderarse, continúa Betancourt, es el ingenio con que la hizo tan perfecta, sin haber aprendido el arte para tan insigne obra, la perseverancia que tuvo en diez y siete años que gastó en hacerla, y la fortaleza con que ha perseverado en mas de ciento y cuarenta años, sin que se haya descantillado una piedra, y sin que le haya nacido una yerba en distancia de quince leguas que corre la atarga por los rodeos que hace, sin haber faltado agua en tantos años."

4 Ramirez Aparicio, *Los conventos suprimidos*, pág. 60.

5 Pimentel, *Memoria sobre los indios*, parte 2ª pág. 118 y 119.

tianismo no pudieron satisfacer á los misioneros. Ni podia ser de otra manera, por inauditos que fuesen sus esfuerzos. Desarraigar las supersticiones de un pueblo no es la obra de una generacion, y como ántes hemos hecho notar, si la idolatría no estaba desterrada por completo, sino muy superficialmente, por decirlo así, al ménos habian cesado los sacrificios humanos, y se habia sembrado la semilla que mas tarde habia de fructificar; se habia salvado de su total desaparición á la raza indígena, y se habian echado los cimientos de una nueva sociedad que gradualmente iba siendo partícipe de los beneficios que solo alcanzan los pueblos despues de sufrir pruebas dolorosas y despues de apurar todo género de amarguras.

Si los misioneros se engañaron al creer que la conversion de los indios fué sincera desde los primeros tiempos de la predicacion; si su piadoso celo les hizo al destruir los ídolos acabar tambien con muchos documentos históricos cuya pérdida es irreparable, todo eso tiene fácil y natural explicacion, desde el momento en que nos trasladamos á aquella época, despojándonos de toda pasion y juzgando á aquellos hombres segun las reglas del criterio filosófico.

En cuanto á lo primero, es decir, á la falsa conversion de los indios, debe reflexionarse que ya no el apóstol animado de una fé acendrada y vivísima, los hombres de hoy calculadores frios, burlados cien y cien veces, dan crédito á apariencias engañosas cuando éstas parece que realizan sus deseos y colman su ambicion. Además, es preciso no olvidar cuán astuto es el indio en sus simulaciones, cuán diestro en ocultar la verdad, cuán propenso á guardar la mas profunda reserva.

Con respecto á lo segundo, ¿podemos los hombres de hoy exigir racionalmente á los del pasado, cuando pretendemos juzgarlos, que hubiesen pensado entónces como nosotros pensamos ahora? Cómo pretender que diesen la importancia que los adelantos científicos de nuestro siglo les conceden, á los documentos que ellos no entendian y que fácilmente podian confundir con los que encerraban la religion idolátrica que querian extirpar?

Vanas declamaciones que honran poco á sus autores, son las que se profieren cada vez que se trata de rebajar el mérito incuestionable de los frailes del siglo XVI, cuyos nombres están grabados en el libro de la inmortalidad, no por el influjo del fanatismo sino por el dictado de la razon filosófica.

No es pues de extrañar que los indios, indomables tratándose del conquistador, se hubiesen mostrado sumisos, dóciles á las indicaciones del misionero; no hay por qué sorprenderse de la prodigiosa actividad con que construyeron los templos y los monasterios, ni por qué asombrarse de que esos mismos indios, cuando temian perder á los frailes, diesen tantas muestras de dolor acerbo. Hay en el fondo del corazón del hombre, por inculto que se le suponga, un sentimiento noble y grandioso que lo nivela con el mas civilizado: la gratitud; y gratitud sin límites, amor profundo era lo que el indio sentía hácia su escudo y maestro: el misionero cristiano. Por mas que disintiese de él en la cuestion religiosa, no podia menos de reverenciarle; porque el sacerdote, todo dulzura, todo bondad, aparecia siempre formando la antítesis mas completa con el feroz conquistador, con el codicioso encomendero. La humildad de aquel, en su trage y en sus acciones, comparada con el insolente orgullo y la crueldad de éste, ¿qué otras pasiones podia engendrar en el corazón del indio, que amor al uno y odio al otro? Por obtusa que se le suponga, y que no lo era, la inteligencia del indio, ¿podia dejar de reconocer los beneficios inmensos que debía á aquellos sacerdotes que en vez de aliarse á los de su raza, nulificaban sus intentos si eran encaminados á dañar mas y mas á los vencidos y subyugados aztecas? ¿Cómo no ofrecerles entónces con largueza sin límites el oro que negaban con teson á los que lo exigian por medio de la fuerza?

No es un mal entendido patriotismo ni una preocupacion religiosa los que guian nuestra pluma al establecer un paralelo entre los soldados y los frailes del siglo XVI. Reconocemos la grandeza verdaderamente heroica de los primeros, en los campos de batalla, y cuan-

do repasamos la historia de su portentosa empresa, no solo les admiramos, sino que comprendemos por qué la lira del poeta no se ha creído capaz de cantar aquella gloria, aquel valor temerario del conquistador, y comprendemos el entusiasmo con que Solís y Prescott narran aquella campaña en páginas inmortales.

Reconocemos el genio superior de Cortés al dar organizacion á la nueva sociedad por él fundada, y le colocamos entre los mas grandes capitanes que la humanidad ha producido.¹ Mas no podemos ver con indiferencia, no podemos justificar los atentados con que quiso sellar una obra que tenia por objeto, si nos hemos de atener á sus propias aseveraciones, la propagacion del cristianismo en el vasto territorio del Anáhuac.

El, á quien por su génio nada se ocultaba, no podia dejar de comprender que no era la espada del soldado sino la cruz del sacerdote, la que podia consumir la conquista, y que cuanto él y los suyos hacian no servia sino para retardar el triunfo completo del apóstol sobre los indios. Mas es tiempo ya de apartarse de estas consideraciones, para dar por terminada esta introduccion.

Antes de hacerlo así, veamos de qué manera se fundó el Episcopado mexicano, suceso que vino á hacer efectivo el cristianismo en este país.

Ya hemos dicho que Cortés indicó al rey que no se erigiesen obispados, sino que tan solo viniesen misioneros apostólicos. Al principio fué obsequiada aquella indicacion; pero luego se hizo indispensable desecharla.

Fr. Julian Garcés, dominico, encargado del despacho, en Madrid, de los negocios de Indias, y confesor del obispo de Burgos, fué nombrado obispo de Cuba y despues de Cozumel cuando se creyó que aquella isla era de grande importancia. Extendióse despues su obispado á Yucatan y Tlaxcala, y llegó á la Nueva-España en momentos de verdadero conflicto.

La guerra civil era inminente. Gobernaba á la sazón el tesorero Alonso de Estrada, quien habia echado de la capital á Cortés. En estos momentos llegó el obispo de Tlaxcala y logró evitar el temido rompimiento. Así, la presencia de un sacerdote fué una vez más, bastante para librar al país de nuevas luchas, de nuevos desastres, y ella tambien como habrá de verse en las páginas de esta obra, fué en el curso de la dominacion española el mejor apoyo de la Corte, que habria perdido los dominios conquistados si, solos los conquistadores, hubiesen podido dar rienda suelta á las pasiones de que estaban dominados por completo.

Presentó sus bulas Fr. Julian Garcés en el cabildo de 19 de Octubre de 1527, y se acordó que fuesen obedecidas. Pero ni su avanzada edad, ni la extension de los terrenos ya dominados, permitian que un solo obispo gobernase la Nueva España.

De allí el origen del Episcopado mexicano erigido en 1528, como se verá en la biografia del primer prelado de los que forman la galería que vamos á presentar, y que era forzoso hacer preceder de la relacion histórica que hemos hecho en esta introduccion.

El objeto del trabajo que hemos emprendido, y el carácter de él están expresados en las siguientes líneas estampadas en nuestro prospecto, y que no creemos fuera de propósito reproducir:

“Esta obra tiene por objeto llenar un vacío en la historia patria. Cuenta el Estado con narraciones más ó ménos completas, más ó ménos exactas, en que se han reunido los materiales que han de servir al historiador filósofo que tome á su cargo la empresa de escribir el nacimiento, desarrollo y progresos de la nacion mexicana; pero la Iglesia carece todavia de un libro imparcial en que estén recogidos tantos materiales dispersos como existen para

¹ En la vida de Cortés no sabe uno qué admirar mas, si al guerrero ó al político. Parece increíble que aquél hombre templado para los grandes hechos, hubiese tenido tambien dotes gubernativas como las que desplegó, estando presente en todo, lo mismo al abrir caminos como el de Veracruz á México y el de Tampico, como para fundir cañones y hacer pólvora, y para introducir el ganado mayor y menor, la caña de azúcar etc. etc., y hacer practicar reconocimientos en ambos mares.

formar su historia. Enlazada ésta íntimamente con la civilización europea traída por los misioneros que cooperaron á la conquista, es un hecho fuera de toda duda que ha de ser de inmensa utilidad una obra en que se encuentren reunidos siquiera sean los principales elementos que ha menester quien, para trazar una historia completa, ha de colocar á la Iglesia y al Estado en el verdadero punto en que cada uno debe estar, sin destruir por eso el lazo de union que entre ambas entidades ha existido hasta una época no lejana. Caminaron paralelamente, puede decirse, la Iglesia y el Estado, hasta mediados del siglo actual, á partir desde el XVI en que se consumó la conquista, y toca en verdad una parte gloriosa á la primera, á la Iglesia, en los anales de nuestra civilización. El divorcio que mas tarde ha venido á consumarse, en medio de una lucha desastrosa pero inevitable, no es una causa legítima para no conceder á cada uno la parte de gloria que en justicia le corresponde. Calmada hoy, por fortuna, la excitación producida por el rompimiento indicado, es ya tiempo de examinar fría y desapasionadamente los títulos que la Iglesia tiene á la consideración y al respeto de los que, á la luz del criterio histórico y filosófico, estudian el progreso de los pueblos. Vastísimo plan es ese, y ciertamente que no osamos desarrollarlo por completo, en atención á la magnitud de la empresa, superior á nuestras fuerzas. Empero la historia del *Episcopado mexicano*, ó sea la GALERIA BIOGRAFICA DE LOS ILLMOS. SRES. ARZOBISPOS DE MEXICO, DESDE LA EPOCA COLONIAL HASTA NUESTROS DIAS, contendrá, como su solo título indica, datos preciosísimos cuya importancia histórica seria ocioso encarecer.

“Nos anima á publicar esta obra el deseo de ser útiles á nuestra patria. Para llevarla á feliz término no contamos sino con nuestra buena voluntad y con la benevolencia del público lector. Preside á nuestros trabajos la imparcialidad indispensable en una obra de esta naturaleza. No vamos á escribir segun un sistema preconcebido, ó por mejor decir, guiados por opiniones políticas ó religiosas de partido. Personas mas aptas existen que, segun las ideas de cada una, podrian desempeñar la tarea para hacer prevalecer sus opiniones. Rendimos culto ferviente á la VERDAD; respetamos á la sociedad para la cual escribimos y nos respetamos tambien, para convertir esta obra en eco de pasiones personales. No ambicionamos, por otra parte, el grandioso título de historiadores; lealmente confesamos que vamos á compilar datos dispersos para ponerlos al alcance de todos y para facilitar su estudio al que se crea capaz de formar la verdadera y completa historia de la Iglesia mexicana. Las fuentes históricas de que nos hemos servido constarán en el curso de nuestro trabajo, bastando asegurar por hoy, que son puras y por lo mismo dignas de crédito.”

Estas promesas, que estamos resueltos á cumplir fielmente, serán, así lo esperamos, una garantía para el lector, cualquiera que sea su modo de juzgar las cuestiones religiosas.

Nuestra única ambición consiste en que alguno pueda exclamar despues de leer este libro: HE AQUÍ UNA OBRA EN QUE SOLO SE RINDE HOMENAJE A LA VERDAD Y A LA JUSTICIA.

México, Octubre de 1877.